

## PROYECTO “QUÉ ES PARA TI EL TERRORISMO”

Margarita Acha y Sergio Díaz del Campo.

Cuando era solo un niño, pensaba que todos los padres del mundo guardaban secretos. El mío, por ejemplo, guardaba uno muy grande. No sé por qué, pero nunca nos decía exactamente en qué trabajaba, era como la palabra “Voldemort” en Harry Potter, que era innombrable. Si alguien le preguntaba sobre el tema, mi madre respondía rápidamente: “trabaja para el Estado”. Yo me imaginaba multitud de posibles trabajos. A veces, pensaba que era el directivo de una empresa importante y, por eso, no podía contar nada. Incluso hubo momentos en los que llegué a creer que él era un espía supersecreto, de esos que salvan el mundo cada día, como los que aparecen en las películas.

Pero siempre había cosas un poco raras, cosas que no le pasaban a ninguno de mis compañeros de clase. Por ejemplo, no había día en el que no revisara el coche por la mañana. No era precisamente una mirada rápida. Se agachaba, miraba debajo del coche, tocaba todas y cada una de las ruedas, abría el maletero, volvía a cerrarlo. Había veces que incluso se tumbaba para poder mirar mejor. Yo lo observaba desde la puerta de casa mientras me acababa de poner la mochila para ir al colegio y, como cualquier niño, siempre movidos por la curiosidad, le preguntaba:

-Papá, ¿Qué haces?

A lo que él siempre respondía igual:

-Nada, comprobar que todo está bien.

A veces mi madre también actuaba de manera extraña, escaneaba la calle dos veces antes de salir. Era como si estuviera buscando algo o a alguien. Además, no podíamos vivir con horarios. Cada vez que me acostumbraba a una rutina, la teníamos que cambiar y, cuando yo preguntaba el por qué, me decían con una aparente sonrisa:

-No pasa nada, hijo, solo es que tus padres somos un poco maniáticos.

Otra cosa rara era que mi padre no solo odiaba decir a qué se dedicaba, tampoco le gustaba hablar sobre lo que hacía en el trabajo. En el colegio hubo un día que nos pidieron dibujar a nuestros padres trabajando. Mis amigos dibujaban a los suyos: uno era pescadero, otro tenía un bar, otro conducía un autobús. Yo no sabía exactamente a lo que se dedicaba el mío, así que dibujé a mi padre sentado en una mesa muy grande rodeado de papeles. Ese día, en cuanto llegué a casa fui corriendo a darle mi dibujo. Él, miró el dibujo y sonrió un poco, pero no dijo nada. Lo guardó en el cajón y cambió de tema rápidamente preguntándome si tenía deberes.

Además, al contrario de lo que hacían mis compañeros, mis padres no nos dejaban ver la tele sin que estuviera uno de ellos presente y siempre que empezaban las noticias, mi padre cambiaba de canal muy rápido. No obstante, había veces que no llegaba a tiempo.

Recuerdo un día de junio en el que en la pantalla de la televisión aparecía letrero que decía: “Atentado en el Hipercor”, ese nombre me resultaba familiar porque era un lugar que frecuentábamos mi familia y yo casi semanalmente.

En cuanto se dio cuenta de lo que aparecía en la pantalla, mi madre apagó la televisión.

Yo pregunté:

- ¿Qué ha pasado, por qué la has apagado?

Mi madre dijo en tono cortante:

-Nada que necesites saber ahora.

Pero yo quería saberlo. Porque si lo ponían por la tele debía de ser importante. ¿Por qué cada vez que se hablaba de temas que tenían palabras parecidas a las que aparecieron ese día en la pantalla, mi padre se quedaba serio durante mucho rato?

Una vez, mientras íbamos de camino al colegio le pregunté a mi padre:

-Papá, ¿Tu trabajo es peligroso?

Él, al escuchar esta pregunta, se quedó callado unos segundos y se limitó a decir:

-Hay trabajos más peligrosos.

Esta respuesta no me convenció mucho. Con el tiempo, fui notando más cosas raras que pasaban. Cuando caminábamos por la calle, mi padre miraba mucho a su alrededor. Si alguien se nos acercaba demasiado, él cambiaba ligeramente de posición, como si se estuviera poniendo delante de nosotros.

Yo pensaba que era exagerado, que no había nada de lo que preocuparse. Al fin y al cabo, el mundo, para mí, era bastante simple: colegio, amigos, fútbol, deberes y bocadillos de chocolate. Pero el mundo de los adultos parecía diferente, menos feliz.

No supe la razón de esto hasta que un día, camino del colegio, decidieron poner la radio, cosa muy rara en mi familia, pero mi hermana quería escuchar su canción favorita. Mientras estaba buscando la emisora correcta, sin querer, puso la cadena incorrecta y la primera palabra que se escuchó fue “atentado terrorista”. En ese momento, toda mi familia se paralizó por completo, mi padre apagó la radio de inmediato y todos los que estábamos en el coche nos callamos, generando una situación en la que la tensión se podía cortar con un cuchillo. En ese instante, se me vino a la mente la pregunta, que nunca más se borraría de ella. ¿Qué es el terrorismo?

Ese mismo día, pregunté en clase:

- ¿Qué es el terrorismo?

La profesora dudó un momento antes de responder a esa pregunta que ella misma se había hecho tantas veces. Pero finalmente me respondió:

-Es cuando algunas personas usan la violencia para dar miedo y conseguir lo que quieren.

No lo entendí del todo, ¿Por qué querría alguien darle miedo al resto? ¿Por qué harían daño a gente que ni siquiera conocen?

En cuanto llegué a mi casa, intenté volver a preguntarlo. Esta vez se lo dije a mi padre:

-Papá, ¿Qué es el terrorismo?

Al escuchar esto, mi padre se quedó helado, era como si alguien hubiera parado el tiempo. Luego dijo despacio:

-Es cuando alguien decide que la vida de los demás importa menos que sus propios intereses.

Esa frase me confundió aún más. Porque para mí todas las vidas importaban. La mía, la de mis padres, la de mis hermanos, la de mis amigos, incluso la del señor que tenía el quiosco de la esquina.

Pasaron los años...

Yo seguía viendo a mi padre revisar el coche todas las mañanas. Seguía observando a mi madre revisar la calle antes de salir. Y seguía escuchando esa palabra de vez en cuando: "terrorismo".

Legó un día en el que lo entendí un poco mejor. Fue una tarde cualquiera. Volvía del colegio y encontré a mis padres hablando muy serios en el salón de mi casa. En la televisión, aparecían otra vez coches de policía, sirenas, gente llorando y esos titulares que mis padres no nos dejaban ver. Pero esta vez fue diferente, esta vez nadie apagó la televisión.

-¿Qué ha pasado?- pregunté.

Mi padre respiró hondo y me respondió:

-Han matado a un policía.

Noté algo extraño en el estómago

-¿Por qué?

Mi padre tardó en contestar.

-Porque hay personas que creen que matar es una forma de defender sus ideas.

Eso fue lo primero que pude comprender.

No era una película.

No era algo lejano.

Era real.

Y podía pasarle a cualquiera.

Esa noche no pude dormir muy bien, pensé en el coche, en las revisiones de cada mañana, en los silencios, en esas miradas de mi madre. Todo empezó a cobrar sentido.

Años después, entendí todavía más cosas. Entendí por qué mi padre nunca decía su trabajo a nadie. Entendí por qué tenía que revisar el coche. Entendí por qué mi madre se preocupaba tanto. Entendí que mientras yo pensaba que vivía en un mundo perfecto, había muchísimas personas que vivían con miedo. Y entendí algo que me marcó mucho.

El terrorismo no es solo bombas o disparos.

Es el miedo que se apodera de los hogares, es el silencio en la mesa, es un padre que no le puede contar a sus hijos a qué se dedica, es una madre que tiene que mirar la calle en la que vive antes de salir, es un niño preguntándose por qué su familia actúa de una forma tan extraña.

Durante mucho tiempo, pensé que el terrorismo era solo violencia. Ahora creo que es algo más que eso. Es intentar romper la vida normal de la gente, intentar que todos tengamos miedo, intentar que la rutina desaparezca.

No obstante, también aprendí algo aún más importante.

Aprendí que, frente al miedo, siempre hay personas que deciden no rendirse, personas que salen de casa cada día sin saber si podrán volver a ella, y aun así salen para que los demás podamos vivir tranquilos, personas que protegen al resto, aunque eso conlleve ponerse en peligro.

Antes, cuando veía a mi padre revisar el coche, pensaba que era una manía extraña. Ahora, sé que no lo era.

Era valentía, la valentía de alguien que sabe que existe el miedo, pero que sigue adelante igualmente porque sabe que eso es lo correcto.

Y eso es algo que el terrorismo nunca podrá vencer.

Porque podrán intentar intimidar, atacar, silenciar, amenazar.

Pero siempre habrá personas lo bastante valientes como para plantarles cara.

Personas que nunca dejarán que el miedo gane.

